“Género y el espejo de la historia”. (Bonnie G. Smith)

Introducción

No soy partidista... ¿Por qué? Porque en la historia no veo nada más que historia.

-Lucien Febvre, Combats pour l'histoire

Este libro inserta el término "género" en una descripción de la historiografía en el mundo occidental". Propone que el desarrollo de la metodología científica moderna, la epistemología, la práctica profesional y la escritura han estado estrechamente vinculadas a las definiciones cambiantes de masculinidad y feminidad. Al hacerlo, parece ir en contra de la profesionalidad misma: durante más de un siglo y medio los historiadores se han enorgullecido de la forma en que su formación les permite superar contingencias de credo religioso, origen nacional, clase, raza, origen étnico y género a través de una adhesión escrupulosa al método científico. Cuando aparecen los prejuicios de la gente, los historiadores los señalan y los corrigen para acercarse lo más posible a la ciencia "libre de valores". Aunque su vida personal puede estar muy influenciada por cuestiones de género, su metodología los ayuda a acercarse lo más humanamente posible a una verdad histórica sin género. Solo la mala historia funcionaría para promover una versión del pasado religiosa, racializada o basada en la clase que se volcó frente a la evidencia aceptada.

Los cambios en la profesión desde principios de los años 70 se han basado en estas creencias. Formados en métodos científicos, los historiadores de mujeres y personas de color han asumido que su erudición finalmente encajaría en el campo de la historia en su conjunto. Sus hallazgos completan la imagen, haciendo que la erudición del pasado finalmente sea veraz porque sea más completa y actualizada. Por supuesto, muchos también han creído que los ingredientes, como la periodización, cambiarían como asuntos importantes para los eventos de las mujeres desplazadas por los hombres, y que el elenco de personajes históricos y muchas interpretaciones tradicionales también se alterarían. Pero se pensaba que la racionalidad y la equidad de la profesión permitirían en última instancia los hallazgos de la historia de las mujeres y los

(1)

logros de las mujeres historiadoras, su plena influencia y dignidad en la academia. Mientras tanto, algunos historiadores masculinos acogieron con beneplácito la llegada y el desarrollo de la historia de las mujeres y, más tarde, la historia de género como correctivo. Cuando, a mediados de la década de 1980, un destacado historiador social anunció que la investigación histórica sobre las mujeres había ido lo suficientemente lejos y debería detenerse, creía que las afirmaciones de la historia de falta de sesgo podrían verse viciadas por un exceso de dicha información. Se decía que la historia de las mujeres y los negros politizaría el campo. O estas subdisciplinas, que son "sexys, modernas y atractivas", podrían socavar el verdadero valor de la historia real al exponerla a influencias (como la ideología y las fuerzas desenfrenadas del mercado) que operaban fuera de los estándares profesionales para lo que era importante.

Sostenemos tales creencias porque confiamos en el espejo de la historia, una metáfora que ha sido indicativa de cómo los estudiosos de Occidente envidian la verdad histórica. Sostenido hasta el pasado, el espejo supuestamente refleja eventos pasados con mayor precisión que cualquier otro instrumento o herramienta, sin mostrar nada fantástico o imaginario. Si bien refleja fielmente el pasado, el espejo también puede mostrar imágenes fugaces y proporcionar una sensación de cambio y movimiento. El espejo también es un tema relevante para el sujeto racional moderno, cuyo auto escrutinio es el primer paso hacia la comprensión y hacia la construcción de una mentalidad científica imparcial. Como consecuencia de conocerse a sí mismo y sus prejuicios y defectos, el historiador está mejor equipado para analizar los objetos históricos que aparecen en el espejo. Este tema tiene otros aspectos, especialmente en la idea hegeliana de que alcanzar una verdad más elevada solo llega con la trascendencia deliberada de la relación entre el sujeto conocedor y el objeto de escrutinio. El resultado, como sugiere Lucien Febvre cuando afirma no ver nada en la historia sino la historia, es que la figura del historiador individual se vuelve espiritualizada e invisible. Su yo, que incluye prejuicios y preferencias, desaparece del espejo junto con las minucias defectuosas del objeto reflejado, para ser reemplazado por una visión "verdadera" de la realidad histórica relatada por un narrador invisible y omnisciente.

En la iconografía occidental, el sujeto conocedor —junto con los objetos históricamente importantes que el espejo sirve para el escrutinio— suele ser masculino, lo que agrega complejidad a lo que parece una imagen simple. Cuando imaginamos a un gran historiador, lo imaginamos instintivamente como hombre; aceptamos con naturalidad títulos como *The History Men* (como en un reciente libro de historiografía fue

(2)

llamado) porque la profesionalización y la ciencia histórica se desarrollaron en un momento de esferas separadas, cuando la mayoría de las mujeres de clase media se quedaban en casa. Por lo tanto, por razones históricamente explicables, se dice, la profesión era prácticamente toda masculina. Solo los hombres tuvieron tiempo de participar en las actividades (investigación de archivo, enseñanza en universidades) de las cuales dependía la fundación de la historia profesional. El sentido común histórico también debería explicar por qué las historias mejor consideradas eran sobre los hombres: centrándose en la historia política, la historia profesional elegiría naturalmente a grandes hombres para estudiar. Además, el estado-nación, que inspiró y financió gran parte de la nueva ciencia histórica, permitió a los hombres solos los derechos plenos de ciudadanía durante este tiempo. Evidentemente, entonces, serían más propensos a defender su historia. La historia, como sostuvo Jack Hexter hace unos cincuenta años, "en su mayoría ha sido un asunto de ciervo", según la tradición, el accidente y las circunstancias, el género masculino. Según estos puntos de vista, hay poco que ganar al observar el género en la historiografía y la práctica histórica.

Pero consideremos otra imagen en el espejo de la historia. Cuando la persona ante un espejo ha sido una mujer, su autoestima parece repetitiva, incluso obsesiva e indicativa de vanidad o amor al lujo, lo que connota lo sensual más que lo racional. El espejo iconográfico en el caso de las mujeres ocluyó la profundidad reflexiva y produjo solo superficialidad, un cambio dramático en el trabajo significativo del espejo. Tan fija en la superficie, las mujeres han sido vistas como incapaces de alcanzar las profundidades requeridas de la historia o el autoconocimiento. Ocupan un peldaño más bajo en la escala del ser cognitivo, es decir, practicantes pobres, como se suele decir que muchas mujeres historiadoras aficionadas han sido, incluso por las mismas profesionales. Por un lado, el espejo puede producir reflexiones universales verdaderas, importantes y objetivas de la realidad; pero por otro lado, tradicionalmente ha funcionado mejor si el observador es hombre. Podríamos argumentar que estas imágenes del espejo a menudo invocadas son meramente metafóricas; pero la historización de la metáfora muestra que, durante siglos, de hecho ha tenido una fuerza no solo decorativa sino explicativa. Los adjetivos "sexy", "fashion" y "hot", que se utilizan para designar una mala historia (o la historia de personas de color y mujeres), también son ricos en eficacia de género y forman parte de una larga tradición de imaginar el El trabajo del historiador en formas de género. Por lo tanto, debido a que el espejo de la historia resiste algunos esfuerzos para alcanzar la neutralidad de género, sus múltiples imágenes de la relación de género con

(3)

las prácticas profesionales y la ciencia histórica son lo suficientemente intrigantes como para merecer una mayor exploración, aunque solo sea para despejar el aire.

Incrustado en estas imágenes preliminares de superficialidad y profundidad, género versus verdad universal, lo metafórico y lo real son algunos nudos históricos a los que hemos dedicado poca atención porque favorecemos automáticamente la "profundidad" en nuestra erudición y esperamos proporcionar "real" cuentas y "verdad universal". Rechazamos concomitantemente como objetivos lo superficial, el género y lo metafórico. Muchas disciplinas comparten las afirmaciones de la historia de alcanzar la verdad o belleza universal, cualquiera de las cuales puede verificarse mediante un conjunto de estándares rigurosos que están más allá de contingencias tales como raza, género, religión y origen étnico. Aunque los genios musicales, científicos y filosóficos, por ejemplo, son casi siempre hombres, su genio se eleva más allá de asuntos contingentes o, en última instancia, insignificantes como el género para alcanzar las alturas de la visión filosófica o lo sublime musical. Los grandes artistas y filósofos son genios sobre todo, y los hombres solo accidentalmente.

Sin embargo, los académicos de otras disciplinas están investigando estas afirmaciones fundamentales para comprender cómo se clasifican sus campos de género. Las académicas feministas en música y filosofía han estado entre las primeras en explorar el funcionamiento de tales afirmaciones, mostrando cómo el género opera inexorablemente incluso en el trabajo más abstracto y no representativo y en los estándares aplicados para juzgarlo. Susan McClary ha comparado los elementos formales en la música que los críticos discuten como "masculinos" y, por lo tanto, de alta calidad con los que se consideran "femeninos" y, por lo tanto, inferiores. El "masculino" en la sonata y otras formas se ve como una serie de frases ascendentes de notas que compiten para llegar cada vez más alto hasta que su competencia se agota por completo. A menudo se considera que lo "femenino" es cualquier "disociación a gran escala" que necesita resolverse en una pieza. Londa Schiebinger ha señalado las formas en que la ciencia moderna a menudo ha afirmado que no tiene valor, incluso cuando ha sido inhóspita para las mujeres científicas. Además, ella ha descrito las fantasías masculinas en el trabajo en el nombramiento de especies animales y en las representaciones del funcionamiento de las plantas. Ambos autores muestran cómo las afirmaciones de universalidad fueron acompañadas por la elevación de los hombres y la devaluación concomitante de las mujeres. Es decir, por jerarquía de género.

La filósofa Michele Le Doeuff ha discernido dos caminos hacia la masculinización del estudio filosófico, caminos que también podrían ser sugerentes para los historiadores. El primero involucra las metáforas por las cuales los filósofos

(4)

han descrito sus sociedades perfectas y a través de las cuales han podido encontrar nuevas respuestas a los dilemas epistemológicos, ontológicos, estéticos y éticos. Estas metáforas a menudo son altamente genéricas, lo que significa que el camino hacia la verdad universal —lo que es lo que permite a los genios-filósofos masculinos pensar— es el sexo y el género. Le Doeuff no presenta el género en el trabajo en cada avance teórico. Pero Andrea Nye encuentra que las metáforas de la feminidad y la sexualidad han sido esenciales para los avances de grandes lógicos desde Parménides hasta Frege. La lógica no es un tipo de abstracción matemática desprovista de contenido social; más bien, demuestra Nye, la lógica históricamente se ha constituido a partir del pensamiento de género, un pensamiento de género basado en una jerarquía que privilegia a los hombres como intelectos y sexualiza a las mujeres.

Le Doeuff desarrolla aún más cómo la jerarquía de género hace que la filosofía funcione tanto intelectual como sociológicamente. El Ser y la nada de Jean-Paul Sartre, el ejemplo central en el libro de Le Doeuff, tomó el cuerpo femenino como una imagen de todo lo que no es auténtico, por la suciedad de la naturaleza que los humanos deben trascender en su búsqueda de la verdad filosófica. "Existe la posibilidad de que el En-sí mismo absorba el Para-sí ... El limo es la venganza del En-sí. Una venganza femenina enfermiza y dulce ... [Me] me atrae, me apesta [...] Es una acción suave y cedente, una succión húmeda y femenina ... En cierto sentido, es como la suprema docilidad de los poseídos, la fidelidad de un perro que se entrega ". A medida que este ejemplo comienza a mostrarse y como Merleau-Ponty señaló en detalle, Sartre podría explicar el punto principal de la fenomenología solo como el trabajo de un sujeto masculino que necesita aniquilar la subjetividad femenina. Describió todo el proceso de auto-creación en términos de disgusto por el compromiso sexual con una mujer.

Según Le Doeuff, estos bocetos filosóficamente habilitantes para superar al "repugnante" acompañaron la explotación de la pareja de Sartre, Simone de Beauvoir, una explotación verificada en muchas cuentas de su relación. Como estudiantes universitarios, Sartre y de Beauvoir fueron virtualmente idénticos en sus logros. Sartre ocupó el primer lugar y ella la segunda en la agregación, pero la evidencia muestra que él había reprobado tantas veces anteriormente que los examinadores sintieron lástima por este hombre que se había anunciado convincentemente como un genio. De Beauvoir, por el contrario, terminó el mismo arduo curso de estudio en dos años en lugar de tres, y estaba adquiriendo su nombre de toda la vida de "Castor" por el arduo trabajo que ella realizó

(5)

en filosofía. A lo largo de sus vidas juntas, Sartre insistió con De Beauvoir y otros en que la suya era una mente mucho menor pero trabajadora, mientras la empleaba para pasar la mayor parte del día escribiendo sus proyectos.

Pero, ¿cómo pueden esas historias sórdidas avanzar en nuestra comprensión de la historia científica y su profesionalización, especialmente cuando la profesión finalmente permitió a las mujeres ingresar al campo? Si bien este libro explora el desarrollo de la ciencia histórica como un esfuerzo complejo emprendido por jóvenes aventureros académicos en el siglo XIX, también está centralmente preocupado con todos esos términos como "superficialidad", "metáfora" y "mujeres" que supuestamente se volvieron irrelevantes para recibir técnicas históricas y para las comunidades científicas que practicaron la nueva historia. Por lo tanto, analiza las personalidades femeninas y los problemas de género que la historiografía generalmente evita.

Por ejemplo, a pesar del impulso de la mayoría de los relatos historiográficos, la historia de los últimos dos siglos no ha sido escrita principalmente por hombres o incluso no se ha preocupado principalmente por hombres. Las mujeres en Occidente han tenido un interés vivo, productivo y creciente en el género desde al menos finales del siglo XVIII. Sin embargo, sus carreras y recompensas han sido diferentes. Por un lado, aunque a fines del siglo XIX algunas mujeres inglesas y estadounidenses tenían carreras satisfactorias en la educación superior, miles de mujeres historiadoras persiguieron su vocación de amateurs, sin las afiliaciones institucionales de profesionales masculinos. Por otro lado, las mujeres a menudo eligieron diferentes temas históricos: la historia de las mujeres, de la vida social y de la cultura alta y baja. La prestigiosa historia profesional basada en una reflexión profunda y temas políticos pesados fue para hombres, mientras que las mujeres "aficionadas" buscaron un tipo de escritura más "superficial" sobre el pasado.

Este libro analiza con precisión los cuentos ingenuos de reinas y damas famosas para trazar el lado superficial, literario, trivial y "femenino" del amateurismo. No lo hace para negar tales caracterizaciones, sino para explorar este tipo de producción histórica tal como existía a principios del siglo XIX, antes de que la práctica científica universitaria lo superara. Salir de la rica tradición historiográfica de ver escritores canónicos masculinos en el centro de la historia es arriesgado, pero parece importante abordar desde el principio la relación superficial, trivial, pero ardiente de las mujeres con la historia. Analizo el estatus de aficionado de las mujeres no solo porque su trabajo se convirtió en sinónimo de "aficionado", sino también porque la conexión

(6)

entre la aficionada y la profesionalización ha estado lejos de ser clara, incluso inexplorada, aunque el tema histórico ("el pasado") es similar para escritores masculinos y femeninos. Por ejemplo, dado que la escritura aficionada de la historia antecedió al profesionalismo, ¿es la práctica de las mujeres la más auténtica y natural, antes de la creación de la historia científica, con sus copiosas reglas y procedimientos? Constantemente excoriado por hombres universitarios, la escritura de aficionados en el siglo XIX también podría verse como una especie de impureza que el profesional eliminó: una maraña de falsedades que eliminó para encontrar un pasado auténtico y una verdad objetiva. O, de nuevo, ¿el concepto de aficionado fue solo el resultado de la profesionalización, una imitación débil y menos digna ("aficionada") del profesional científico encarnado por aquellos que no son historiadores profesionales? Si alguna de estas nociones es cierta, ¿cómo funcionaron las producciones históricas "impuras" o "falsas"? Creemos que sabemos lo que es la historia superficial y amateur. ¿Pero realmente lo hacemos?

Dos sentidos de "trivial" y "bajo" informan esta discusión. La escritura amateur llegó a ser vista de alguna manera adecuada para las mujeres, mujeres que se ganaban la vida escribiendo para el mercado, fuera de las instituciones profesionales más exclusivas de la historia. Este tipo de trabajo impulsado por el mercado fue interpretado por profesionales posteriores como base, atendiendo a gustos de baja lectura, y distinto del trabajo de alta calidad de hombres acomodados fuera de la academia. Las mujeres eran los aficionados por excelencia, que se ocupaban del mercado; hombres, los profesionales apropiados, que sirvieron a fines más nobles. La distinción entre estos términos yuxtapuestos fue crucial para la capacidad de los profesionales de formarse a sí mismos como parte de la estructura de poder de la élite, discreta de los puntos de vista no instruidos de la gente común. Pero, ¿cómo sucedió esto exactamente, en qué términos, con qué movimientos y contramovimientos? La historia de las mujeres aficionadas ha servido como un terreno de género para la profesionalización, aunque hasta ahora carecía de especificidad histórica, al igual que la historiografía de la profesionalización ha carecido de mucho sentido de esta interacción. Las conexiones de las mujeres con el mercado permitieron que surgiera un reino de escritura de historia más trascendente, profesionalizado y masculino.

La escritura profesional cobró importancia en tiempos de modernización económica y política, comenzando muy lentamente a mediados del siglo dieciocho y acelerándose a mediados o fines del siglo diecinueve. El amateurismo de las mujeres, sin embargo, había despegado varias décadas antes. Desde las Revoluciones francesa y

(7)

estadounidense, las mujeres amateurs como Mercy Otis Warren, Louise Keralio, Germaine de Stael, Johanna Schopenhauer, Caroline Pichler y Anna Jameson vivieron en un clima de derramamiento de sangre violento, drástica agitación social y una creciente discriminación contra las mujeres. Su visión intelectual viajó a través de un paisaje contemporáneo de horrendas heridas y pérdidas masivas en su camino hacia el pasado. Aunque muchos aficionados estudiaron manuscritos y otras fuentes de archivo, la gran cantidad de personas que escribieron lo hicieron en un período anterior a la historia que se convirtió en una especie de conocimiento profesional y en una era de nuevos ejércitos de masas y violencia interminable, cuando la vida misma impedía una objetividad desapasionada en temas de vida social o política. Construido en medio de la modernidad que se extiende a través de secciones cada vez más grandes de Occidente, la historia amateur de las mujeres a menudo palpitaba con una descripción vívida y un sentimiento elevado, el corazón de lo que se ha llamado lo "bajo" y lo "superficial".

Lo que primero se llamó "amateurismo" de las mujeres es sintomático de una relación con el pasado filtrada de manera similar a través del trauma. Los tiempos revolucionarios trajeron un dolor insoportable, y la modernidad resultante condujo a la desorientación. El clima político promovió la igualdad y los derechos universales, pero al mismo tiempo hubo una creciente denigración y despojo legal de las mujeres. Escrita en gran parte por mujeres, que a menudo no tenían derecho a conservar sus ganancias, la historia de los aficionados era una expresión compleja de este mundo. Como muchos hombres de la época, las escritoras, especialmente Germaine de Stael, veían el pasado como un punto de triste recuerdo y pérdida para ellas como mujeres, y a menudo para la sociedad en general. La sensación realizada legítima relacionada con el trabajo de memoria se asocia con mayor frecuencia con la experiencia de los hombres de eventos como la Primera Guerra Mundial y el Holocausto. Estamos acostumbrados al trauma que motivó al genio romántico saciado por las drogas de principios del siglo XIX, así como al sufrimiento de escritores como Baudelaire y Mallarmé en respuesta a las pruebas de la modernidad. En el caso de las mujeres, las drogas también ayudaron a alguien como De Stael a trabajar en el pasado, produciendo lo que investigaré aquí como "narcohistoria". Otras escritoras, ubicadas de manera similar en el campo del trauma, idearon estrategias diferentes pero no menos importantes que produjeron historias bien leídas de reinas y mujeres notables, de cultura, viajes y vida social, como parte de una importante tradición inexplorada y de género.

Los principales historiadores han sugerido que una buena historia, incluso analítica, inspira

(8)

emoción y que al hacerlo puede cumplir importantes funciones psicológicas. Debido a que el pasado ofrece informes de eventos violentos que han terminado, afirma Hayden White, los lectores (incluidos los académicos) pueden dejar que sus fantasías violentas vaguen libremente al hacer historia. En un conjunto de observaciones algo diferente, Dominick LaCapra sostiene que tratar cognitivamente con eventos traumáticos puede ayudar a "resolver" las emociones incapacitantes asociadas con ellos. Del mismo modo que estos estudiosos han llegado recientemente a problematizar nuestra relación con la historia de la guerra y el Holocausto, también podríamos analizar el trabajo de las mujeres amateurs en el contexto de nuevas ideas sobre la relación entre la cognición, la emoción y la psique. Las escritoras incesantes a menudo hasta el punto de la grafomanía, los recolectores infatigables de información durante tiempos peligrosos, los contribuyentes con exceso de trabajo y explotados a las economías domésticas, privadas de derechos políticos y de propiedad, las mujeres historiadoras produjeron un flujo de historias culturales y sociales y relatos de reinas y mujeres notables. Este enfoque histórico repetitivo sobre temas superficiales necesita investigación en términos epistemológicos y psicológicos.

Lo que nos ha impedido considerar el trabajo de las mujeres amateurs y su relación con el desarrollo de la feminidad intelectual y política es una historiografía que erradica el amateurismo para contar una historia singular de los grandes logros del profesionalismo. En contraste, el trabajo histórico entrelazado de hombres y mujeres muestra cómo los profesionales construyeron sus estándares de excelencia al diferenciarse de un "otro" bajo, indigno y trivial. Varias generaciones de jóvenes clasicistas, expertos en latín y griego y brutalmente entrenados para apreciar los matices de las palabras, sentaron las bases para la reforma del campo. Golpeados en la escuela por errores con palabras en los clásicos recónditos, los profesionales llegaron a fetichizar el documento escrito, devaluaron objetos y artefactos cotidianos, y enfatizaron su identidad masculina elevada y compartida como expertos que estaban más allá de la vida ordinaria, así como su trabajo estaba más allá de la comprensión. -ión del intelecto ordinario y más allá de los asuntos domésticos, femeninos. Los "científicos" históricos establecieron polaridades entre profesionalismo y amaterismo, entre historia política y curiosidades culturales, entre el espíritu y el cuerpo, polaridades en las cuales el último término siempre fue inferior al primero. Fue en diálogo con la visión amateur más popular, es decir, con la feminidad, la vida cotidiana y la superficialidad que la acompaña.

Fue en diálogo con la visión aficionada más popular, es decir, con la feminidad, la vida cotidiana y su superficialidad concomitante, que la ciencia histórica

(9)

tomó forma como una cuestión de importancia nacional, como una verdad universal sin género, y simultáneamente como una disciplina principalmente para los hombres.

Hasta hace poco, la idea de una verdad universal reflejada por el espejo de la historia ha sido convincente en los círculos anglófonos. Sin embargo, los historiadores de la ciencia brindan evidencia de que las ciencias no solo reflejan de manera neutral sino que las prácticas y herramientas (como mirar en un espejo y el espejo mismo) ayudan a dar forma a la disciplina, sus ideas de verdad, sus practicantes y sus lectores. Los procedimientos, el comportamiento profesional y las prácticas académicas han sido definitorios, y nunca más que en la creación de profesionales en el campo de la historia. Las mujeres escribían sin cesar, manejaban los partos, las familias y la catástrofe política mientras lo hacían, y regateaban con los editores para obtener términos; representaron la historia en *tableaux vivants*, registraron una extraña variedad de documentos, repositorios e informantes para el material e intentaron hacer que este material vibrara en los libros de viajes y las novelas históricas. Los profesionales, por el contrario, se centraron en la capacitación en seminarios y se imaginaron a sí mismos como investigadores de archivo que interactúan con documentos auténticos, aunque polvorientos. Estos adeptos masculinos también practicaban la historia de manera más privada en el hogar, reclutando madres, esposas, hijos, cuñadas, primas y otras parientes para hacer el trabajo de investigación, archivo, edición e incluso escritura. Todo el crédito fue para el autor masculino. Estas obras del singular profesional masculino como el narrador más creíble del pasado, y el borrado concomitante de las contribuciones de sus parientes y amateurs, son otra parte de la género de la ciencia histórica. Un historiador es visto a menudo como no problemático: un experto bien entrenado. En este libro analizaré las conexiones del historiador profesional con el trabajo suprimido y las cuentas "inferiores". En el proceso, exploraré la hipótesis de que el profesionalismo es una relación que depende de voces desacreditadas y narraciones desvalorizadas.

Las ideas tomadas de la antropología, la crítica literaria y la filosofía han guiado las investigaciones contemporáneas sobre el desarrollo lingüístico y metodológico de la nueva ciencia y profesión de la historia. Desde Wittgenstein, hemos sabido que el lenguaje y la comprensión están fragmentados en comunidades lingüísticas, y más recientemente la filósofa Mary Hesse ha demostrado con gran detalle cómo el pensamiento metafórico ha ayudado a los científicos a avanzar y avanzar en sus carreras. Estas metáforas nutren la formulación de nuevas ideas, proporcionando un lenguaje

(10)

en el que los científicos pueden reconceptualizar problemas o resolver cuestiones.

El espejo ha sido una metáfora útil para explicar cómo funciona la historia, y el género estuvo necesariamente involucrado como parte de la definición de profesionales contra los bajos y los aficionados. Las imágenes de feminidad y sexo sirvieron, sorprendentemente, para avanzar en el trabajo histórico, desenredar nudos históricos e incitar fantasías sobre el pasado. Por lo tanto, analizaré particularmente la forma en que tanto el lenguaje del cuerpo como la sexualidad se volvieron cruciales para establecer las condiciones de coherencia para los avances en el campo. Incluso términos tan importantes pero simples como "hechos", "detalle" y "realidad" se entrelazan explícitamente con el sexo y el género.

Dado que la profesión ha evolucionado sobre una base de género, surgen preguntas sobre las primeras mujeres profesionales que recibieron capacitación universitaria en Gran Bretaña y Estados Unidos, desde la década de 1870 en adelante. ¿Actuarían como profesionales y, por lo tanto, como "hombres"? ¿Podrían de alguna manera hacerse incorpóreos, a pesar de la personalidad colectiva de las mujeres en el período victoriano como "el sexo"? ¿Podrían evitar la mancha del amateurismo, especialmente porque el amateurismo estaba floreciendo a fines de siglo? La mayoría de estas mujeres permanecieron solteras, se disociaron de la dependencia personal y financiera que el matrimonio traía automáticamente, y consecuentemente tuvieron que continuar su trabajo sin el vasto apoyo familiar que ayudó a producir el profesional masculino. Simultáneamente durante la segunda mitad del siglo, la historia de los aficionados escrita por mujeres floreció, y no solo amplió su gama de literatura de viajes, historia social y relatos culturales, sino que también adoptó nuevos campos, como el estudio cultural del Renacimiento. Muchos de estos desarrollos han sido interpretados como parte de varias tradiciones nacionales derivadas de la ansiedad étnica, el malestar cultural y similares. Los leo de manera diferente: como continuando las traumáticas figuras del trabajo anterior, mientras los moldeo en un género distinto. Más dramáticamente, las sufragistas y otras feministas, investigadoras sociales y reformadoras comenzaron a investigar el pasado para producir relatos de la menor experiencia económica y política de las mujeres y para trazar el surgimiento de movimientos para el cambio.

Esta es la historia de la relación intrigante e inexplorada de las mujeres profesionales, tanto con el amateurismo como con los tropos corporales, las metáforas sexuales y los valores de género de la ciencia histórica, correlatos de la

investigación de archivo que emprendieron y la objetividad que valoraron. ¿Las mujeres

(11)

historiadoras profesionales y aquellas con formación universitaria tenían una profunda o superficial consideración en el espejo de la historia? ¿Fue su trabajo inflexionado por el estado de la esfera privada y sus demandas de propiedad y virtud? El relato del desempeño de las mujeres como historiadoras a fines del siglo XIX, en medio del desarrollo de la profesionalización y el feminismo, comenzará a desdibujar la historia.

Asumiendo una identidad plástica maleable, las historiadoras desempeñaron un papel tan importante en el modernismo histórico como el género en la construcción del modernismo en general. El profesionalismo había implicado el control del espejo de la historia por parte de hombres universitarios, cuyas prácticas fundacionales dependían de desacreditar la visión histórica de los extraños como femeninos y, por lo tanto, "bajos". ¿Qué sucedería cuando diferentes practicantes, incluidos los del sexo "inferior" y las razas "inferiores", respaldados por una considerable experiencia profesional, llegaran a participar en la historia de una manera notable? Durante gran parte del siglo XIX, en un momento de mínima participación electoral, el tema histórico se había concentrado en las élites y en el funcionamiento del gobierno en los niveles más altos. Pero en los años previos a la Primera Guerra Mundial, el electorado masculino blanco en Occidente se expandió rápidamente, mientras que el creciente consumo y los avances en los medios de comunicación fomentaron el desarrollo de la sociedad de masas. Un movimiento de sufragio masivo, la derogación concomitante de las leyes que habían otorgado los salarios y las propiedades de las mujeres a los hombres, y una tasa de natalidad en rápido descenso fueron todos desafíos para las formas tradicionales de producir género. El compromiso con ciertos aspectos sagrados de la identidad masculina profesional se deshizo como resultado de estos cambios. Al redefinirse a sí mismos, historiadores masculinos tan dispares como Benedetto Croce, Karl Lamprecht, Johan Huizinga, Henry Adams y Henri Berr ampliaron su rango para incluir la historia de la cultura, la vida económica y el compromiso con la "síntesis" y la "estética". "en lugar de hechos y detalles. Su trabajo se volvió modernista, pero no menos sexuado y de género que el escrito en épocas anteriores, a pesar de que cuestionaron la centralidad de los hechos, la investigación de archivos y la historia política de la élite. Ayudaron a construir la personalidad del historiador moderno, haciéndolo mucho más visible en el espejo de la historia.

Las mujeres historiadoras no se comportaron de manera diferente, convirtiéndose a su vez en modernistas. Los críticos literarios han visto en las metáforas y preocupaciones modernistas tanto la definición de género como la falta de definición de género que ofrece la posibilidad de prácticas literarias, sociales y profesionales más equitativas. Las mujeres,

(12)

según dichos estudiosos, son emblemáticas de una manera más liberadora que la que ofrecen los conceptos victorianos de esferas separadas.

Las mujeres, según dichos estudiosos, son emblemáticas de una manera más liberadora que la que ofrecen los conceptos victorianos de esferas separadas. La tecnología, el primitivismo, la parodia y otros aspectos del modernismo proporcionaron oportunidades que las mujeres académicas tomaron, con diversos grados de éxito. Lucy Maynard Salmon, Eileen Power, Jane Ellen Harrison y Mary Beard fueron historiadoras únicas, pero cada una produjo historia y personajes históricos que constituyeron un elemento hasta ahora descuidado del modernismo de nuestra profesión.

Aunque los estudios de la historia como profesión a menudo siguen fantasías de partenogénesis historiográfica masculina, de un sujeto exclusivamente masculino de verdad histórica y de la importancia de los procedimientos y temas definidos por el hombre, este libro explora múltiples prácticas, impulsos, cogniciones y temas que hombres y mujeres hayan ideado interactivamente a partir de una alteridad socialmente construida y expresada cognitivamente. Examina cómo, entre 1800 y 1940, lucharon por definiciones de importancia histórica; cómo imaginaban diversos temas y significados históricos; y cómo produjeron seres académicos a partir de prácticas históricas y la iteración de reglas históricas. No había "uno" sin el "otro". No obstante, a pesar de la contenciosa centralidad del género, la historia "singular" de la historiografía, la realidad histórica y el avance profesional perdura y sigue siendo un elemento básico para la mayoría de nosotros. Es hora de una versión de historiografía que reconozca el género, una versión que nos permitirá restaurar nuestro espejo en el pasado.

(13)